La película de tu vida

Begoña Curiel

La película de tu vida

Begoña Curiel

Avant
editorial

Primera edición, septiembre de 2016
© Begoña Curiel, 2016

Diseño portada: Leopoldo Torroba

Avant editorial
Dante Aligheri, 123
08032 Barcelona
www.avanteditorial.com
editores@avanteditorial.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Este libro ha sido impreso siguiendo las normativas:
UNE — EN — ISO — 14001 de gestión ambiental
UNE — EN — ISO — 9001 de gestión de calidad
ISBN: 978—84—16864—08—9
IBIC: FA

Imprime Estugraf
Impreso en la Unión Europea

A Manolo,
actor principal de *nuestra* película

PRIMERA PARTE

1

Cuando la vio en pantalla se sintió morir. Veinticinco años después, Augusta lucía como la estrella que fue. Nunca estuvieron de acuerdo en demasiadas cosas aunque compartieran poco tiempo de sus vidas. Pero los días, semanas y meses de aquel entonces resonaron en ambos para el resto de sus vidas. Para los ojos de todos fue un romance. Para Eleuterio y Augusta, un amor de película.

Tuvieron que enterrarlo, sin imaginar cuánto les marcaría. La renuncia no se produjo en seco. Fue un trabajo duro, de muchas jornadas en las que intentaron olvidarse de lo diferentes que eran, separados a años luz de ambiciones personales.

Eleuterio se quedó prendado nada más verla. Fue un flechazo en toda regla, de los que ocurren a la mitad de los humanos y que, no suelen tener más recorrido que el primer impacto. En esta ocasión, no se cumplió la máxima.

El azar quiso que Augusta fuera a rodar a su pueblo perdido en el mapa. Tan pequeño como el mundo de Eleuterio al que todos llamaban Ute. Un nombre extraño para Augusta, lejano de su mundo de cine y viajes.

La situación acomodada de sus padres le permitió seguir el dictado de sus caprichos. Les faltaba tiempo para entregarle lo que pedía, ocupados siempre en la siguiente mudanza, ya que los negocios del padre se movían tanto, como ellos de casa. Augusta había recorrido casi toda Europa con menos de quince años.

Nació en España, aunque podría haber ocurrido en cualquier otro lugar. La estancia de cinco años en su país de origen fue la responsable de sus raíces, aunque poco sabía Augusta de su tierra, cargada siempre con las maletas de los padres.

El guionista y director americano Thomas Carlin escribió el papel para Augusta. Era la diosa de la historia que se rodó en un pueblo de montaña llamado Pondiel, que asistía aturdido al final de los años cincuenta de una España triste, cansada y hambrienta de

casi todo. Ella, que tanto aborrecía la naturaleza, el frío y el silencio de los espacios aislados, se quedó colgada de aquel lugar.

Pondiel era el único y gran problema que presentaba el nuevo proyecto de Augusta, orgullosa de que todos los directores quisieran rodar con ella, vestirla y decorar sus planos con ella en el centro. Su ego se hinchó aún más, al saber que Carlin había tenido su fotografía junto a los apuntes que cimentaron el guión de *Bandoleras*. Se inspiraba con su rostro, mientras imaginaba como luciría en cámara su pelo negro. Augusta hubiera preferido que fuera a lomos de un hermoso pura sangre, nunca sobre el burro plagado de polvo al que después tuvo que subirse.

Decidió arriesgarse. El reto y la curiosidad tuvieron la culpa, sin que entrara en sus planes sudar, llevar vestuario que desluciera su estupenda figura y desenvolverse entre cuevas de montaña acostumbradas a la crudeza del invierno castellano. Pero Carlin deseaba a una Augusta montada en burro, en aquellas cuevas y con los labios amoratados del frío palentino.

Cuando se proyectó *Bandoleras*, Franco dormía el sueño eterno y España peleaba por tener una cara diferente. Distinta a la etapa del rodaje: un país cerrado a cal y canto, con la boina en el filo de las orejas, receloso de la mujer con planes y contrariado por la exhibición de una hembra, que se arriesgaba a las palabras que duelen.

A la actriz aquello le provocaba risa: era española, pero poco tenía que ver con la tierra que sólo pisaba por motivos de trabajo. No conocía la enfermedad de la nostalgia. Estaba acostumbrada a tener todo enseguida. Quiso ser actriz y lo fue.

Era hija única. Nunca tuvo que disputar su trono con los celos de ningún hermano. Siempre se supo en el centro del mundo: el de su hogar y su entorno. Disfrutó cómoda el terreno regalado en casa y nunca hizo nada por aparentar lo contrario.

Desde pequeña comenzó a ver las primeras películas de la época; se imaginó sin dificultad en la pantalla, rodeada de focos pendientes de la admiración ajena. Su vida de película era la prolongación de su infancia.

Contó con una excelente educación, a la altura de su clase. Los padres encontraron su hueco en los mejores colegios. Nunca faltó señorita de compañía, ni profesores con inmejorable currículum, para enseñar a la niña, como era el mundo escrito en los libros. Pero la teoría se quedaba corta. Cualquier espacio era reducido para los kilómetros que ansiaba recorrer, contagiada por el espíritu viajero que respiró en casa desde que levantó un palmo.

Su madre era natural de Alemania. Con su matrimonio conoció la amplitud del mapa, gracias al trabajo del marido, un loco de los vehículos de lujo. Su pasión hizo de él, un excelente comercial que paseaba por Europa las mayores tentaciones en forma de coche.

Sus padres nunca se molestaron por los caprichos de la hija. Se doblegaron a ellos con placer, a falta de tiempo y ganas de jugar a las muñecas. En sus manos se convertían en modelos cubiertas de preciosos vestidos. Entablaba con ellas conversaciones de película. Eran perfectas para practicar sus dotes de actriz con maestría. Los padres caían rendidos con sus pucheros, encantados con los juegos de Augusta. Destrozaban su voluntad, pero nunca se sintieron víctimas de los antojos de su niña malcriada.

Rara era la ocasión en la que escuchaba una negativa. Nadie se interpuso en su camino. Los padres nunca fueron un problema y menos, desde que murieron en un accidente de tráfico en uno de sus innumerables viajes. Se fueron juntos en una curva inesperada, mientras Augusta charlaba con sus muñecas.

Lloró aquella pérdida a los catorce años. Tocó de lleno su adolescencia, pero crecía con el privilegio de ser la protagonista principal de su propia vida, sin secundarios que acortaran sus pasos. Tuvo ratos inevitables de sufrimiento, pero no permitió que nadie lo supiera. Llorar era rebajarse a un nivel que no le pertenecía. Los hombres la persiguieron, pero nunca consiguió enamorarse de ninguno. Sólo Ute le arrebató el corazón que tenía escondido. Fue el único que la hizo llorar.

En sus viajes —antes y después de Pondiel—, degustó con cinco sentidos las mayores bellezas, las puestas de sol plagadas de rojos y rosas, todos y cada uno de los lujos que encontró a su paso.

Nada le hacía más feliz que recibir sin pedir y cuanto antes, mejor. Una campanilla, un teléfono, una voz, eran suficientes para que a sus pies llegaran concedidas todas las peticiones. Por eso, nunca entendió cuál fue su error cuando Ute se vio obligado a huir de ella.

Antes de aquel chico espantó a todos los hombres, cuando se terminaban sus ganas. Los que quedaban hipnotizados no tenían más remedio que marcharse, porque perdía enseguida el interés. Otros se enamoraron de su dinero, que asociaban a una determinada forma de vivir que atraía tanto como ella. El final con ellos era siempre el mismo: cuando comprendían que la cámara, era el único objetivo de Augusta. Su amante incondicional. Sabía que la adoraba. No estudió arte dramático, técnicas de expresividad, tampoco tuvo que esforzarse con su memoria para retener diálogos imposibles. Era la mejor en su terreno. Bordaba los papeles.

Sus peores rivales la odiaron, pero Augusta salía airosa de los conflictos sin despeinarse. Sin perder un segundo de sueño. Pero tenía un límite, aunque ni ella misma lo supiera. Sólo el amor que desconcierta, consiguió quitarle a jirones la tranquilidad de su vida.

Fueron sonados muchos de sus romances, con actores de la gran pantalla. Augusta tenía entre sus mejores planos, un rosario de grandes besos. Actores de categoría tuvieron la suerte de abrazarla en pantalla. Se creyeron con derecho a esos besos detrás de las cámaras. Pero eso, lo decidía ella. En la cantidad y en la forma. Saberse deseada, hacía infinita su vanidad.

Sus papeles tocaron muchos palos, ambientes de distintas épocas. Le permitieron vestir telas de todo tipo. Algunas eran elegidas por ella misma: las más caras, las de mejor caída y las que perfilaran al detalle su cuerpo.

El equipo de producción que pretendiera ahorrar presupuesto a costa de reducir en vestuario o maquillaje para ella, acababa por desistir del intento. Era una batalla perdida y terminaban por entenderlo, porque las amenazas de Augusta pesaban más que el dinero que hubiera en juego. Con ella, las ventajas ganaban. Contar con su presencia en el reparto era garantía de beneficios, aunque su nómina se llevara gran parte de ellos.

Augusta tenía un notable patrimonio repartido en casas donde pudiera esconderse, cuando los nervios necesitaban alejarse de los focos. Algo más habitual de lo que ella nunca reconocería.

Sus fiestas eran conocidas en el mundo del cine. Además del lujo, congregaban a figuras del momento, también representantes de la política aunque sus personajes no le agradaran. Le molestaba su particular juego de poder. Carecía de diplomacia para moverse en esas aguas. Huía de ellas cuando las presiones se salían del mundo de la pantalla.

Autoridades políticas de peso quisieron servirse en ocasiones puntuales de su contundencia y poderío ante la prensa, pero se revolvía como una culebra. Analizaba las consecuencias, antes de quemarse con determinadas situaciones. Tuvo buen aprendizaje con su padre, porque los negocios se mezclaban demasiadas veces con el pantanoso mundo de la política. Pero a Augusta las izquierdas y las derechas le resultaban indiferentes. Ella seguía su camino como una bala, sin rodeos ni dudas. Cuando le surgía una, se apartaba. Antes de que un tropezón, perjudicara su carrera.

Aunque pasaba mucho tiempo en Madrid, vivió algunas temporadas en ciudades como Florencia, París o Lisboa. Dependía de las necesidades del rodaje de cada momento. Necesitaba un descanso después de cada película, una cura mental y física para recuperarse del desgaste. En alguna de esas paradas, se entretuvo con romances. El más sonado fue el de Marco: uno de los hombres que más cerca estuvo de entrar en su vida.

Le conoció en Roma. Una ciudad que enloquecía a Augusta. No se cansaba de pasear por las callecitas empedradas. Cuando regresaba, volvía a sorprenderse de la mágica movilidad de los rincones. Como si las plazas y las fuentes tuvieran vida propia y apareciesen a la vuelta de la esquina, sin avisar. En una de ellas chocó de frente con Marco. Cuando recogió su bolso del suelo mostró una sonrisa amplia que deseó besar de inmediato. El joven correspondió con creces, porque no tardaron en encerrarse en su habitación.

Era pequeña y muy coqueta. La actriz estaba encandilada con ese espacio. Plagado de colores, distribuidos con un gusto exquisito. Cada pared de la casa era diferente. La uniformidad no existía

para Marco. En una de ellas, dejó retratada a Augusta con la sensualidad que mostraban sus hombros desnudos.

Marco era bello. Un adonis moreno de ojos marrones que soñaba con ser artista. Llenaba su casa de cuadros que vendía entre sus vecinos, amigos y familiares. Estaba enamorado sólo de la pintura y no necesitaba mucho más. Su vida era tal y como deseaba.

Augusta hizo lo posible por convencerle de que llevara las obras a los sitios adecuados para darse a conocer. Pero era un bohemio convencido, sin ambiciones fuera de su pequeño círculo. Augusta no comprendía aquella manera de ser y tras varios meses en los que se vieron de forma esporádica, ella dejó a Marco donde estaba.

Era imposible sacarle de su locura de pinceles. No pensaba en otra cosa. La mujer veía en su arte una virtud desperdiciada.

Logró que le acompañara en algún viaje corto, pero nunca consiguió llevárselo a Madrid, donde sabía que podría controlar su obsesión y sacar partido de ella. Marco no escuchaba. Sólo quería pintarla a todas horas. Augusta tuvo que abandonarle aunque él casi no se dio cuenta. Cuando ella llegaba a su casa no hablaban. Hacían el amor con pasión y sin reposar el placer entre las sábanas, otra vez reclamaba que se quedara quieta para pintarla. Augusta tardó en darse cuenta de que soñaba con él, porque no vivían juntos. Sus estancias en Roma eran breves y muy esporádicas, pero se hicieron insoportables al convertirse en una repetición de encuentros anteriores.

Las conversaciones eran mínimas y Augusta acumulaba un pozo de palabras sin pronunciar, porque a Marco le desequilibraban. Con ellas no se concentraba. El silencio era requisito indispensable para inspirarse a la hora de pintar.

Se había encaprichado de él, pero el aburrimiento pesaba si su convivencia superaba las veinticuatro horas.

—Marco, no soporto más esta situación, nunca más volveré a verte.

La conversación —como era habitual— volvió a pillarle con pinceles en la mano.

—¿Qué quieres decir?

—Sólo estás pendiente de tu pintura. Estoy harta de que no quieras conocer otros mundos.

—¿Cuál, el tuyo?

Terminó el interrogante con una carcajada. Se desquiciaba con aquellas risas inesperadas de Marco. Le llamó loco antes de preguntar con rabia y desprecio acumulado:

—¿Y se puede saber qué le pasa a mi mundo?

Marco no contestó. Ni siquiera se percató de su enfado. Siguió ensimismado, entregado a la búsqueda del siguiente color para su pincel. Ella insistió. Era complicado relacionarse con alguien que no estaba dispuesto a hacerlo.

—¿Es malo viajar, pensar en otras cosas que no sean pintar y conocer a gente con la que mantener conversaciones distintas a esos pinceles estúpidos?

—Puede que lo que hago, sólo sea estúpido para ti. ¿Qué tiene de malo todo esto?

—No es malo, es aburrido.

—El problema lo tienes tú. A mí no me aburre.

No le había mirado a la cara mientras decía aquellas frases. Era como hablar a las paredes decoradas por Marco.

Le indignó que al salir —de manera definitiva— por la puerta, él no hiciera ni el más mínimo intento de perseguirla. Daba por hecho que el momento lo pedía a gritos. No soportaba que un hombre la ignorase. Hasta entonces, eso no había ocurrido. Después, supo que nunca se enamoró del pintor, aunque fue el primer amante que le cantó la gran verdad de su vida.

Tuvo que llegar Ute de la manera más insospechada, para percatarse de que el amor duele más de lo imaginable. Con Marco, todo fue furia. Intensa pero se hizo breve. De hecho, dos días después de aparcar la historia con Marco se sorprendió de la sensación de tranquilidad. Augusta desconocía entonces, la escalada de dolor de un corazón tocado de frente.

2

Con Ute, las cosas fueron tan distintas que los esquemas se rompieron. Desde que llegó a su pueblo, sintió cosas nuevas. El cielo raso de Pondiel —aunque fuera invierno— era tan resplandeciente, que los rayos no permitían abrir los ojos. Ese fue el primer motivo por el que se inquietó, preocupada por el daño que causarían a una piel tan blanca como la suya.

La gente del pueblo no tenía tiempo ni ganas de semejantes preocupaciones. Bastante impactados quedaron ya cuando la vieron pasar por primera vez con unas enormes gafas de sol. Las mujeres de Pondiel tampoco estaban acostumbradas a las melenas sueltas y menos a la de Augusta, que brillaba como de anuncio. La mayoría las recogían en coletas o moños. A veces, quedaban escondidas en pañuelos. El clima y la falta de un lavado abundante en jabón las llenaban de aspereza. Además un pelo largo y suelto era sinónimo de algo parecido a la provocación para los que miraban de reojo. Pondiel era pequeño, pero no tanto como la mentalidad de su población.

La admiración inicial se convirtió durante el rodaje en un pequeño gran escándalo, aunque sólo fuera por la novedad. Las muchachas que trabajaban en el campo soñaron con parecerse a ella. Los montes de Pondiel, bruscos y repletos de escondites permitieron aventuras que nunca habrían imaginado. La película necesitaba extras y no sólo para salir en pantalla. Contrataron a más de diez mujeres para formar parte del séquito que atendería las múltiples necesidades del reparto. Y es que junto a Augusta, *Bandoleras* trajo otras estrellas del cine.

El grueso de personal contratado serían hombres, sobre todo para manipular y desplazar la infraestructura que necesitaba la película. La fase inicial del monstruo cinematográfico era primordial y tan complicada como la puesta en acción.

Rusell Worth, el jefe de producción y su equipo, buscaron en todas las casas del pueblo. Necesitaban hombres fuertes para mover kilos en forma de aparatos y multitud de cableado. Los encontraron sin problemas. El trabajo era sencillo y lo mejor, estaba bien pagado. Al menos para los pondelianos, que a finales de los cincuenta tenían más dedos que monedas para contar. Poco importaba ser mano de obra barata cuando se trataba de salvar las dificultades de la posguerra. La película era un regalo del cielo, un bálsamo para sus bolsillos.

El estómago agradecía con creces los alimentos que muchos llevaban años sin probar. Incluso, que nunca cataron. El café, el chocolate y la carne eran un lujo por encima de sus posibilidades. Similares a la de muchos españoles de pueblo que nada sabían de la cercanía de los años sesenta, aunque por otros lares, erosionaban la moral de la dictadura.

Al régimen no le quedaba más remedio que abrirse al mundo, pero no encontraba la manera de disimular su falta de ganas. Los poderes fácticos del régimen se debatían entre la negativa a renunciar a nada y la rabia por rendirse a la evidencia. Ya estaban habituados a las ventajas de unas riendas bien ajustadas alrededor del cuello de los españoles.

Bandoleras y sus cabezas pensantes no tenían intención de pedir cuentas en casa ajena. Su proyecto llegaba desde la distancia, a miles de kilómetros; con un director estadounidense y un productor alemán que sólo aspiraban a ser inquilinos temporales de un escenario, sin inmiscuirse en otros asuntos que no fueran los suyos. Con sus problemas, tenían más que suficiente para mantener ocupadas sus horas en Pondiel.

La película pretendía contar cómo se desenvolvía en la montaña un grupo de fugitivas con un mínimo de material y alimentos básicos, comandadas por una mujer, que no era otra que Augusta. Su fuerte estaba oculto entre árboles, rocas y matorrales, diseminado entre un conjunto de cuevas que hacían las veces de hogar y refugio. Aquellas cuevas, acompañadas de una orografía agreste y caprichosa del terreno, además de un increíble abanico de colores

prestado por la flora, fueron motivos más que suficientes para conquistar por completo a Carlin, el director de *Bandoleras*.

La primera vez que pisó el terreno quedó embelesado con el relieve accidentado, donde las grutas de roca caliza se alternaban con pequeños cañones. Robles, pinos y hayas de mayor envergadura eran piezas deslumbrantes de un vecindario armónico, de la mano siempre de arbustos de menor altura, que miraban desde abajo con envidia. Un escenario ideal para sus bandoleras. Iban a tener que lidiar a diario con un contexto natural carente de amabilidad. La sierra de Palencia no sabía de indulgencia. La nieve visitaba con frecuencia sus picos, helados y ansiosos por la llegada del verano, que tampoco era clemente cuando estaba en pleno apogeo.

En todo caso, Carlin no necesitaba saberlo. La estación que le interesaba era del tramo final del año. Su cuadrilla de mujeres iba a pasar frío, aunque tuviera experiencia en odiosos inviernos que congelaban hasta los pensamientos. Como el agua limpia del Carrión y el Pisuerga que paseaba altiva por la montaña. Su montaña.

El hambre era mala en la sierra para quien fuera su inquilino. Las mujeres de Carlin tuvieron que remojarse hasta la rodilla si el estómago pedía truchas. Aunque no sintieran las piernas al salir, el dolor se compensaba con el manjar de aquellos lomos de pescado en su boca.

Ese fue por cierto, uno de los pequeños placeres descubiertos por Augusta durante el rodaje de *Bandoleras*. Asadas al calor de la lumbre junto a las cuevas, se sorprendió de su textura, como el sabor de la carne de ciervos y jabalíes que esquivaban la presencia humana por la zona.

Los platos calientes de Pondiel hicieron vibrar los paladares del equipo de la película. Cuando llegaron, el trabajo de campo estaba listo, con los rastreos previos de Carlin, que adoró las maravillas ofrecidas por el pueblo desde la primera ojeada.

El director había recorrido medio planeta por su trabajo. También para sacudirse la curiosidad que le asaltaba en su ruta por el mundo de la cinematografía. Los escenarios al aire libre representaban muchos problemas. Pero le motivaban los retos, encontrar lugares en los que nadie se fijaba y ponerlos a su disposición,

para contar las historias que acudían a su cabeza en forma de pesadillas.

Pondiel cumplía con los requisitos que se había planteado desde un principio. El pueblo estaba escoltado por las piedras de montaña. Era una pequeña postal de casas que parecían recogerse para refugiarse del frío, salpicadas por una iglesia coqueta, un modesto edificio consistorial, dos tiendas donde había poco que comprar, el bar de Paco, la fuente de la Plaza de España —el punto más céntrico al que todos iban a parar— y las calles empedradas que soñaban con un arreglo, mientras marcaban de heridas las rodillas de los niños que se disputaban con carreras, el juego de esquivar las chinas traicioneras.

Carlin quería un relato de mujeres rebeldes. Se tiraron al monte para dar batalla a sus hombres, escondidas entre rocas donde las escaramuzas derramaron sangre, en un pueblo que nada sabía de películas y menos de cines.

Rusell Worth se encargaba de dar el visto bueno a los extras y Ute, como la mayoría de los vecinos, se puso a la cola para la selección. Cualquier dinero era bueno para rellenar la despensa.

3

El trabajo en el campo, junto a su padre, no daba para alimentar con decencia las bocas de la familia. La madre, Candelaria, murió en el parto de Rufino. El último hijo se salvó, pero el padre quedó roto al marcharse su mujer. Era el pilar de aquella casa; desde que se vistió de blanco para ir del brazo de Raimundo hasta que la muerte les separase.

Tuvieron cinco hijos: dos hembras y tres varones. Antes de acostarse no tenía tiempo ni cuerpo para darles un beso de buenas noches. No sabía que ese gesto fuera tan importante. Raimundo lo descubrió después de morir Candelaria. Comenzó a practicarlo a diario desde el nacimiento de Rufino, el niño con el que Candelaria se despidió sin avisar.

Raimundo sólo veía amanecer para trabajar otro día. Esa forma de vida era la única conocida por Ute, el primero de los hijos. Imaginaba que había otras, cuando oía hablar a las familias de los que se marcharon del pueblo a la ciudad en busca de trabajo. A su regreso contaban que existía algo más que labrar y criar niños. Algunos mentían, para no reconocer la vergüenza del fracaso cosechado en las ciudades donde depositaron tantas esperanzas. Otros alardeaban con orgullo de un sueldo a final de mes, aunque no vieran la luz dentro de las fábricas que surgieron en el norte del país. El perfil del Cantábrico acogió a cientos de familias del interior y del sur, vestidas con cuerpos faltos de carne y piel áspera.

Raimundo nunca lo intentó. Ni tan siquiera tenía cargo de conciencia por no habérselo planteado. Ute se crió sin dejar de respetar las decisiones del padre. Es un buen chaval, muy responsable, decían todos. Al morir su madre ya no se permitió a sí mismo mirar al otro lado de la montaña de Pondiel. El pueblo era límite geográfico y personal: la casa, el trabajo, Raimundo y sus hermanos. Ute abría un ojo para verles dormir como pollitos, en camas compartidas, con la espalda cargada de la responsabilidad de su protección.